

En medio de esta turba de príncipes que se venden á porfía al joven conquistador consuela encontrar uno que resista á sus sollicitaciones y promesas. Federico II hace un magnífico elogio del gran elector: "Tuvo el alma bastante grande, dice, para celebrar una alianza con la república, cuando toda Europa contaba verla sumergida en las olas donde había reinado con un imperio tan absoluto,, (1). Hay algo de verdad en estas palabras, pero el cuadro tiene también sus sombras. En el siglo XVII apenas había patriotismo alemán, y no sabemos si lo hay hoy en los príncipes. El egoísmo, que les es innato, los ciega hasta sobre sus intereses: y la pequeñez de sus intereses achica los espíritus. De ahí una miserable política que seguían según las ventajas materiales, palpables. El gran elector no estuvo al abrigo de esas malas influencias. Encontramos en la correspondencia diplomática de Luis XIV una prueba demasiado curiosa para no referirla.

El ministro de Federico Guillermo hizo un día esta singular confidencia al embajador de Luis XIV: "Que el elector se creía desdenado por el rey cristianísimo, porque Su Majestad no le había dado nunca la menor prueba de aprecio, aunque le había prometido grandes gratificaciones, y que, por decirlo así, se hubiera contentado con una espada.,, Lionne respondió: "No sé si el elector no cuenta para sí lo que ha dado á su señora mujer. No hace todavía dos años que Su Majestad envió á la difunta señora electora un regalo, el más bello que tal vez haya hecho nunca un rey á una princesa. Consistía en un hilo de perlas comprado en 10.000 escudos, y en todo el mobiliario completo de una cámara, que valía muy bien 100.000 francos.,, El ministro añadió que, si el elector no había recibido gratificaciones, era porque siempre se le había visto comprometido en intereses contrarios á los de Su Majestad (2). ¡Hé aquí las pequeñas miserias de las pequeñas cortes de Alemania! Lo que habla en favor del gran elector es que rehusó las ofertas de Luis XIV en el momento en que iba á caer encima de las Provincias-Unidas. Pero ¿hay seguridad de que guiase al elector el interés general de Europa, como gratuitamente lo suponen

(1) FEDERICO II, *Memorias de Brandeburgo* (Obras, t. I, página 67).

(2) MIGNET, *Negociaciones*, t. II, p. 303.

sus admiradores alemanes? (1). Más probable es que, temiendo ver destruido un Estado protestante, influyera en sus resoluciones la fe más que el patriotismo. Lo cierto es que le importaba poco el imperio cuando se trataba de sus propios intereses.

II.

Luis XIV consiguió engañar á toda Europa y hacerla cómplice de sus proyectos de venganza y de engrandecimiento. Todos los príncipes, grandes y pequeños, le prometieron, uos su concurso, otros su neutralidad, y todos fueron ganados, bien con subsidios, bien con la esperanza de repartirse los despojos de las Provincias-Unidas. Si Luis XIV hubiera sido un verdadero conquistador, estaba perdida la república, y aun lo hubiera sido si Luis XIV hubiese manifestado la moderación de un vencedor generoso. Pero sus fáciles triunfos no hicieron más que aumentar su desmesurado orgullo. Por su altivez y su vanidad se conducía como si ya hubiera sido dueño del mundo. Sus victorias excitaron los celos de Inglaterra, y los gritos del pueblo obligaron al rey. Este fué el germen de una coalición general.

Al unirse Carlos II con el rey de Francia contra las Provincias-Unidas, había desafiado la opinión pública. Los pueblos no son tan fáciles de seducir como los príncipes. Instintivamente se comprendió en Inglaterra que la alianza de los Estuardos con Luis XIV era dirigida contra el protestantismo y la libertad inglesa tanto como contra la república. Los triunfos rápidos de los ejércitos franceses esparcieron la alarma y despertaron la antigua rivalidad de la nación contra Francia. Carlos II confesó al embajador de Luis XIV "que le costaba mucho trabajo resistir á los deseos violentos de todo su pueblo, cuya rivalidad era extrema por el gran poder del rey cristianísimo por tierra y por mar,, (2). El parlamento, fiel eco de los sentimientos populares clamaba contra la ambición del rey de Francia y lo acusaba "de ir en línea recta á la monarquía de Europa.,, Dirigió mensajes sobre mensajes al rey para volverle á manifestar "que su pueblo estaba en extremo disgustado y

(1) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staats*, t. II, p. 307 y siguientes.

(2) MIGNET, *Negociaciones*, t. IV, p. 42 y 345.

turbado en vista del peligro evidente de que se hallaba amenazado el reino por el engrandecimiento del rey de Francia; declaró que era de interés para el rey y para la seguridad del país hacer alianzas para socorrer los Países-Bajos.,, Los municipios, tan avaros del dinero de la nación cuando se trataba de proveer á las prodigalidades del rey, ofrecieron espontáneamente subsidios á Carlos II si quería abrazar el partido de la república. Un orador exclamó, aplaudido por toda la cámara, "que para semejante guerra los Ingleses lo darían todo, hasta su última camisa,, (1).

¿Qué hizo el rey de Inglaterra en vista de los deseos unánimes de la nación? Persistió en su política personal, si puede llamarse política una cobardía de condescendencia á las voluntades de Luis XIV, con el objeto de sonsacar dinero para sus placeres. Ni aun se puede decir para excusa suya que se hacía ilusiones respecto á los deseos de la nación, puesto que declaró al embajador francés "que, apremiado por todas partes por sus súbditos, estaba como una plaza sitiada que ya no puede defenderse.,, Esto no le impidió conservar su alianza con Luis XIV y renovarla, á pesar de los clamores del parlamento y de la nación: "Sólo Carlos II y su hermano, dice *de Ruigny*, abrazan los intereses del rey de Francia; toda Inglaterra les es contraria.,, Si concluyó por abandonar la alianza de un rey que tan bien pagaba, fué á pesar suyo: el miedo hizo lo que el honor y el interés político no habían podido hacer. Sus ministros le manifestaron que, si no cedía á las exigencias de la nación, habría una rebelión general; que los oficiales de sus tropas, de su flota y hasta de su casa dejarían de obedecerle. Cuando Carlos II y el duque de York vieron que hasta sus criados los abandonarían, se decidieron á tratar con Holanda (2). Pero no lo hicieron sino porque eran impotentes para resistir más tiempo á la nación; desde que pasó el peligro de una rebelión, volvieron á las malas inspiraciones del egoísmo, hasta que la revolución de 1688 puso término al miserable régimen de la arbitrariedad real.

III.

Alemania no tenía ni opinión pública ni parlamento; dividida en una multitud de pequeños Es-

(1) MIGNET, *Negociaciones*, t. IV, p. 440, 443, 475.—*Cartas militares*, t. IV, p. 366.

(2) MIGNET, *Negociaciones*, t. IV, p. 353, 385, 435, 520, 528.

tados, sin lazo, sin espíritu general, estaba á merced de sus pequeños príncipes, y éstos no conocían otra política más que la de su mezquino interés. Fué preciso, para sublevar el emperador y los príncipes del imperio, el abuso de la fuerza de que se hizo culpable Luis XIV. Los generales de éste se conducían en Alemania como si su rey hubiese sido señor de ella; no respetaban ninguna neutralidad; forzaban los pasos por donde les parecía, y cobraban contribuciones. Luis XIV trataba ya á los electores como á vasallos. Habiéndose atrevido el obispo de Tréveris á abrazar el partido del emperador, el rey de Francia se apoderó de su capital y devastó su electorado (1). ¿Cómo no provocaron más pronto estos excesos una coalición de todos los príncipes? Porque el miedo contenía á los unos, y los otros preferían los subsidios á su dignidad y aun á su independencia. El elector de Brandeburgo fué el primero que pensó en llevar al emperador y al imperio á una gran liga contra Luis XIV. Debe tenerse en cuenta su valerosa iniciativa; pero para ser justos, es preciso añadir que más inspiraba á Federico Guillermo el interés dinástico de príncipe que la causa de la patria alemana. Habiéndose declarado Suecia en favor de Francia, el elector se aprovechó de esta falta para arrancarle la Pomerania, esta antigua herencia de sus antecesores que la paz de Westfalia había dado á los Suecos como premio de la victoria. Federico Guillermo tenía en más la Pomerania que la independencia de Alemania; varias veces hizo insinuaciones á Luis XIV para conservarla. Le manifestaba que su casa era una antigua aliada de Francia, que podría serle muy útil en el imperio, y que si se le dejaba la Pomerania sería un aliado tan fiel como Suecia (2). Luis XIV no aceptó las ofertas del elector. Este, abandonado por el emperador y abandonado por las Provincias-Unidas, que había salvado de la ruina, se vió obligado á celebrar la paz y á soltar las conquistas que había hecho á los Suecos. Guardó rencor á sus aliados, y se volvió al lado de Francia.

La volubilidad del gran elector que había formado la liga contra Luis XIV prueba que esta primera coalición no tenía bases muy sólidas. La faltaba el alma que mantiene unidos á diversos y á veces hostiles elementos. Las Provincias-Unidas

(1) RANKE, *Französische Geschichte*, t. III, p. 407.

(2) PUFFENDORF, *de Rebus gestis, Friderici Wilhelmi*, XVI, 31, 76, 77.

no tenían ni el poder ni la consideración necesarios. Inglaterra tenía á su cabeza una familia enemiga de su libertad y de su religión, y, por consiguiente, aliada necesaria de Luis XIV, aun cuando se coaligase contra él. Alemania estaba dividida y débil. Luis XIV, vencedor de la coalición, dictó las condiciones de la paz en Nimega.

§ IV.—La grande alianza.

La primera coalición, aunque vencida, hubiera debido aconsejar á Luis XIV la moderación. Era como el estruendo del trueno que precede á la tempestad. Aunque dividida como estaba, Europa probaba que no quería sufrir el yugo de Francia. Pero la ambición y el egoísmo son ciegos. Después de la paz de Nimega, Luis XIV, entregado por completo á su espíritu de invasión, cometió verdaderos latrocinios bajo apariencia de justicia. En su arrogante presunción no guardó contemplaciones ni con sus amigos ni con sus enemigos; obraba como dueño de Europa, y lo era. Las Provincias Unidas estaban debilitadas por una larga guerra que las había conducido al borde del abismo. El rey de Inglaterra, que siempre tenía necesidad de dinero, estaba á sueldo del único príncipe que podía dárselo. España había llegado al último extremo; no la quedaba de su grandeza más que el orgullo de una noble casa reducida á la miseria. Sólo Alemania hubiera podido resistir; nunca fué con más insolencia provocada, y jamás se mostró tan débil y pusilánime.

Luis XIV despoja á España en plena paz, despoja á los príncipes alemanes, y no se sabe hasta dónde llegarán sus usurpaciones. La dieta se reúne. ¿Qué hace? A las violencias de Luis XIV oponen largas deducciones para probar que eran una violación de derecho. ¡Como si se tratase de derecho! ¡Como si Luis XIV estuviese dispuesto á contenerse ante los argumentos jurídicos! A la fuerza era preciso oponer la fuerza. El emperador mismo, tan indomable como era, exhortó á la dieta á armarse. Para divertir á Alemania, propuso el rey de Francia reunir un congreso en Francfort. Tuvo buen cuidado de no enviar á él sus diputados, á fin de dar á las *cámaras de reunión* el tiempo de adelantar sus tareas. Entre tanto, los plenipotenciarios de los príncipes alemanes, incluso los del emperador, discutieron gravemente sobre los puestos que á

cada uno se señalarían. El emperador recomendó á la asamblea sostener cuidadosamente la preeminencia imperial, precaviendo todas las dificultades que la embajada francesa pudiera suscitar. Luis XIV empleaba mejor sus ocios: en el momento mismo en que hacía que negociaba insultó á Alemania, arrebatándola, sin otra razón que el derecho del más fuerte, una ciudad imperial, Estrasburgo, que le abría el paso del Rin y ponía el imperio á discreción suya. El congreso se reunió. Nueva discusión, no ménos grave, sobre el título de *excelencia* que tomaban los diputados de los electores, sobre las visitas y sobre los sitios. A continuación, los Alemanes se opusieron á que los Franceses se sirvieran de la lengua francesa en las negociaciones. El que inspiró esta valerosa resolución creyó, sin duda, haber salvado el imperio! Sin embargo, dice un historiador moderno, el latín no había impedido que el santo imperio fuese desmembrado, y no tuvo tampoco las usurpaciones de Francia (1).

Había cuestiones más importantes que ofrecían ancho campo al patriotismo alemán. Mientras que el congreso deliberaba con todo el aparato de un estúpido ceremonial, Luis XIV tomaba una ciudad tras otra en los Países-Bajos españoles. Bélgica estaba oprimida, dividida por un vencedor insolente, y España era incapaz de defenderla. No tenía más recurso que reclamar la intervención de la dieta. Sus enviados se presentaron en Ratisbona como miembros del círculo de Borgoña. La dieta se hizo sorda; los diputados belgas no cesan de quejarse en sus informes de la indiferencia, de la inercia, del egoísmo y de la cobardía de los príncipes alemanes. ¡Había entre ellos quien decía que era preciso hacer la paz con Luis XIV, abandonando á su suerte los Países-Bajos españoles, es decir, dejando á merced de Luis XIV provincias que eran una barrera para las Provincias Unidas y para el imperio! ¡En verdad que los diputados belgas tenían razón para decir que el espectáculo de la dieta repugnaba! (2). Los príncipes alemanes se decían, sin duda, que correspondía al rey de España defender á los Países-Bajos contra Francia, y que si no podía, ellos se lavaban por ello las manos. Pero hé aquí que Luis XIV sitia Luxemburgo. Ahora ya

(1) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. IX, página 92 y siguientes.

(2) LEVAE, *Negociaciones de la tregua de veinte años*, páginas 59 y 100.

no podían decir: esto no me incumbe. Se trataba de una ciudad alemana, de una fortaleza que era la llave de las provincias del Rin. El colegio de los príncipes decidió que era preciso apelar á las armas; por increíble que parezca, hubo oposición en el colegio electoral, y fueron precisamente los electores más amenazados por la ambición francesa, el elector de Maguncia y el palatino, los que sostuvieron que los Franceses habían sabido entrar en Alemania sin poseer á Luxemburgo, y que, por consiguiente, importaba poco á la seguridad del imperio (1).

El príncipe que ménos podía esperarse encontrar entre los que hacían traición á la causa de la patria alemana, el gran elector, fué uno de los que manifestaron más mala voluntad á los diputados belgas, uno de los que más insistieron en que se aceptasen sin vacilar las proposiciones de Luis XVI. ¿Cómo el gran patriota se hizo partidario de Francia?

En una nota dirigida á los estados generales defendió una política poco digna del nombre que lleva: "La esperanza, dice, que se podría tener de volver á ganar los países que Francia se ha incorporado después de la paz, ¿compensaría los perjuicios indudables y los riesgos que se correrían de mayores pérdidas, impulsando á Europa en la guerra y á la cristiandad en la sangre?," Estas son razones dirigidas á los cobardes. Es la política del miedo, y tenía demasiado eco en los consejos de Francfort. El elector de Maguncia decía en un lenguaje que estaba á la altura de sus sentimientos que valía más conservar medio pan que perderlo por entero (2). Los príncipes del imperio pensaban lo mismo. ¡Como el populacho de Roma, no pedían más que pan! La ambición del elector de Brandeburgo era más elevada, pero también tan culpable. Pensaba, dice uno de sus admiradores, en engrandecer su casa á costa del imperio, previendo que Alemania debía sucumbir bajo el poder de Luis XIV. Este era el patriotismo de los príncipes, patriotismo que recuerda las artes de los grandes propietarios que tratan de extender sus patrimonios y de redondearlos. Todos los medios son buenos para los príncipes. El gran elector negociaba con Luis XIV: hubo un tratado entre el patriota

alemán y el enemigo del imperio; se ignora la fecha y las cláusulas de este convenio; pero firmado por Luis XIV, no podía tender más que al engrandecimiento de Francia y á la humillación de Alemania (1). En vano tratan los historiadores alemanes de excusar á su héroe: es cierto que tenía motivos de queja contra el emperador; es cierto también que el imperio se hallaba en un estado de debilidad deplorable; pero que la patria sea débil ¿es una razón para hacer causa común con su enemigo mortal? Mejor es confesar con Federico II que el gran elector cambió á menudo de alianzas: "Los príncipes, dice, que tienen poca fuerza faltan á sus compromisos, porque se ven obligados á ceder á las circunstancias. Sea ésta la política del interés; pero esta política no constituye la grandeza.

Luis XIV ofreció al imperio una tregua de treinta años como gracia que el vencedor concede al vencido. Al mismo tiempo insultaba al jefe del imperio: "No comprendía, dice, que cuando Austria se hallaba invadida por los Turcos, cuando los infieles estaban á las puertas de Viena y el emperador tenía tan pocas fuerzas para proteger sus Estados y defenderlos, quisiera poner en tela de juicio lo que había sido decidido en Nimega y en Munster. En vez de encender una nueva guerra en Alemania, ¿por qué no procuraba rechazar á los enemigos de la cristiandad?," Luis XIV se dignó reducir la tregua á veinte años, pero fijó un plazo fatal á la dieta para aceptarla: si el 15 de Agosto no estaba firmada, el mariscal Schomberg tenía orden de pasar el Rin. El 15 de Agosto, á media noche, fue firmado el convenio. ¡Al mismo tiempo que imponía al imperio una tregua vergonzosa para Alemania, arrancándola la aprobación temporal de sus latrocinios, Luis XIV decía, en el preámbulo del tratado, "que se guiaba por un deseo constante de conservar la paz entre los príncipes cristianos considerando los males y los peligros de la cristiandad!,"

Luis XIV había despojado al imperio en plena paz; había injuriado á sus príncipes, citándolos ante sus cámaras de reunión, y los insultó, además, burlándose de su debilidad; sin embargo, el impe-

(1) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staats*, t. II, p. 413 y 414, nota 1. RANKE (*Französische Geschichte*, t. III, p. 461 y sig.) dice que Luis XIV prometió al elector su apoyo para sus pretensiones sobre la Silesia y contra Suecia.

(1) LEVAE, *Negociaciones*, p. 233.

(2) LEVAE, *Negociaciones*, p. 233.